

ensayos crítico-satíricos que escribiera contra Iriarte, García de la Huerta o Masson de Morvilliers, todos ellos reunidos en la sección de «Ensayos literarios» del presente libro. Estas páginas dejan constancia del cultivo por parte de Samaniego de manifestaciones literarias distintas y del uso y valor de la literatura en la cultura dieciochesca.

A propósito del cultivo de otros géneros, sobresalió también el ingenioso Samaniego en la escritura de cuentos eróticos en verso. Como en las fábulas, supo adoptar recursos tradicionales y personalizarlos o actualizarlos según a su intención convenía. Forman éstos *El jardín de Venus*, poemario que ya diera Palacios a conocer en 1977 y que ahora presenta ampliado gracias a un manuscrito de la colección Rodríguez-Moñino. Más allá del género en sí mismo, interesa la unión de diversas ascendencias literarias y formales todas ellas puestas de relieve por el editor.

Hasta la fecha de su muerte, sobrevenida en 1801, fue Samaniego un hombre vital que conjugó la actividad literaria con la acción social y el compromiso político. Contribuyó con su vida y con su obra a reactivar la vida cultural vasca. Es un prototipo del intelectual dieciochesco o, por mejor decir, del intelectual de ascendencia noble al que la cultura ilustrada aplaude por su comportamiento civil. Como literato fue además un hombre de su tiempo, cultivador de la poesía, el ensayo y hasta el teatro, al que contribuyó con la *Parodia de Guzmán el Bueno*, apartados estos tres en los que se organiza la edición. Ésta además se completa con un «Índice de primeros versos» que siempre de agradecer. En suma, Palacios nos ofrece nuevos textos, ediciones desconocidas, interpretaciones y datos iluminadores que completan el conocimiento del escritor vasco y de su producción literaria desde la visión enriquecedora de la cultura dieciochesca.

M.^a José Rodríguez Sánchez de León

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro

La comedia nueva o El Café. Edición, introducción y notas de J. Álvarez Barrientos. Orientaciones para el montaje J. L. Alonso de Santos. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.

En las historias de la literatura, del teatro y en los programas docentes, la dramaturgia del siglo XVIII (y, en general, la literatura de aquella época) suele salir muy mal parada. Dos razones han contribuido a ello: la primera, la comparación de los autores dieciochescos con los Lopes y Calderones de la centuria anterior y, la segunda, y a mi modo de ver la más nefasta, la identificación del Siglo de las Luces con una etapa carente de imaginación y vis cómica fundamentada en la racionalidad de la vida y de la literatura. Afortunadamente hace muchos años que investigadores y profesores han tratado de destruir esa imagen. Pero todavía resulta necesario insistir en que el teatro dieciochesco divertía y entretenía.

Precisamente ésta es la perspectiva adoptada por Álvarez Barrientos al presentar una vez más la pieza de Moratín *La comedia nueva o El café*. Leandro Fernández de Moratín, de formación classicista, pertenece a una segunda generación de escritores, distinta en muchos aspectos de aquella que su padre compartió con Cadalso, Jovellanos, fray Diego González o Ponz. Fueron sus contemporáneos Meléndez Valdés, Forner, Cienfuegos, Marchena, Quintana o Alberto Lista, personajes que se adentran en la vida literaria y cultural del siglo XIX. Y, como estos últimos, Moratín el joven buscó alternativas dramáticas dirigidas a satisfacer, dentro de la estética clásica, las exigencias del público a «de la edad que va pasando».

En este contexto, Moratín se compromete a interesar con sus comedias a la sociedad presente, aun a riesgo de perder entradas o de sufrir los rigores de la crítica y de la censura. Su teatro responde a la realización de teorías

que en Europa llevaban años formulándose y que los teóricos españoles asumían con precaución. Fue, por tanto, Moratín un renovador que compuso para su tiempo y, sobre todo, a partir de lo que su tiempo le ofrecía. De ahí, el empleo de la prosa señalado por Barrientos como signo de modernidad, y, a mi modo de ver, sobre todo, de un afán por mostrarse verosímil, principio poético esencial para entender el sentido realista de la imitación que su producción refleja. Será, pues, el propio lenguaje y no la medida del verso el que le permita ser poéticamente natural. He aquí la clave de su teatro y la de su éxito posterior, sobre todo, el que le otorgaron los críticos e historiadores. Moratín compone sin dejar de observar los principios universales de la poesía pero asumiendo que dicha universalidad se halla conjugada con un sentido particular de la imitación que él supo subir a los escenarios. Se explica así la idea defendida por Álvarez Barrientos de la intemporalidad y, en consecuencia, la vigencia de su teatro o, mejor, de los problemas subidos a la escena por el escritor.

En este sentido, se estudia la relación de *La comedia nueva* con Comella y de éste con Moratín y sus respectivas formas de entender el teatro dentro de la modernidad y de la tradición literaria, como formas distintas de representarla, mas no opuestas, como ya demostraran Salda Valldaura o Di

Pinto. Asimismo se dedican algunas páginas a plantear la conexión entre el mundo literario escenificado y el de la creación, producción y mercado de las piezas cómicas. En tercer lugar, se analiza la poética de Moratín. Lo más interesante procede de proponer la relación existente de *La comedia nueva*, comedia burguesa, con géneros y recursos propios de modalidades, como los sainetes, rechazadas por el clasicismo setecentista en razón de su heterodoxia y que, sin duda, merecería un estudio más profundo. Finalmente, se estudia el café como escenario público de la vida dieciochesca y la fortuna posterior de *La comedia nueva*.

De igual modo, hay que destacar las «Orientaciones para el montaje» de José Luis Alonso. El paso del texto a la representación halla en estas páginas observaciones muy atractivas, útiles sobre todo para mostrarnos otra dimensión del texto dramático a menudo obviada cuando se estudia esta clase de obras literarias. Este loable propósito se debe a Andrés Amorós, director de la colección *¡Arriba el telón!* en la que se publica *El café*. Con todo, la edición complementa el conocimiento de la obra que hace tiempo nos ofrecieran Andioc y Dowling confirmándose la idea de que las obras literarias crecen y se amplían con cada lector, en una suma de recepciones.

M.^a José Rodríguez Sánchez de León